



LICENCIA CREATIVE COMMONS
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 España

Usted es libre de:

* copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

- Ⓒ **Reconocimiento.** Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- Ⓒ **No comercial.** No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- Ⓒ **Sin obras derivadas.** No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

* Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

* Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

* Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.

© 1998, del texto Pierre Rolle.

© 2009, de la edición Traficantes de Sueños.

Edición original: *Le travail dans les révolutions russes. De l'URSS à la Russie: le travail au centre des changements*, Lausanne, Éditions Page Deux, 1998.

1ª edición: 1000 ejemplares

Abril de 2009

Título:

De la revolución del trabajo al trabajo revolucionado

Autor:

Pierre Rolle.

Edición, traducción y notas:

Jorge García López y Alberto Riesco Sanz.

Maquetación y diseño de cubierta:

Taller de diseñoTraficantes de Sueños.

Edición:

Traficantes de Sueños

C\Hortaleza 19, 1º drcha.

28004 Madrid, Tlf: 915320928

e-mail:editorial@traficantes.net

http://traficantes.net

Impresión:

Queimada Gráficas.

C\ Salitre, 15 28012, Madrid

tlf: 915305211

ISBN: 978-84-96453-35-7

Depósito legal: M-

De la revolución del trabajo al trabajo revolucionado

Investigaciones sobre las transformaciones
de la Unión Soviética y Rusia

Pierre Rolle

Edición y traducción

Jorge García López y Alberto Riesco Sanz

traficantes de sueños
bifurcaciones

¿Perdidos?

Prólogo de los editores
Jorge García López y Alberto Riesco Sanz

El título de esta introducción es voluntariamente polisémico. En relación a una problemática como la abordada en esta investigación, la experiencia soviética y su derrumbe: ¿quiénes estamos o están *perdidos*?

¿Se trata de un «nosotros» particular? ¿Aquéllos que, en Occidente, vieron en el *socialismo realmente existente* una alternativa real al capitalismo?

¿O acaso estaríamos hablando de «ellos»: los ciudadanos ex-soviéticos, sumergidos de golpe en una sociedad de mercado que ha envilecido tanto sus condiciones de vida que vuelven actualmente a mirar con nostalgia la ley, el orden y el pleno empleo de la época estalinista, apoyando por ejemplo a Putin?

Pero también podría tratarse de un «nosotros» más genérico. ¿Y si los *perdidos* fuéramos todos los que considerando la realidad soviética como «otra» realidad «distinta» —tanto en positivo como en negativo— a la nuestra (*capitalismo, sociedad de mercado, sociedad industrial*, etc.) nos viéramos incapaces de conocer la especificidad y dinámica de esta última, precisamente al darlas por supuestas?

Las reflexiones de Pierre Rolle sobre la crisis de la Unión Soviética y la actual transformación de Rusia (reflexiones elaboradas a partir de su trabajo de campo en distintas empresas rusas poco después de la caída del régimen comunista) parecen, precisamente, apuntar a esta última posibilidad: ¿y si la separación y diferencia existentes entre países capitalistas y países del llamado *socialismo real* no fueran

tan radicales como se suele afirmar? ¿Y si la economía administrada de la antigua Unión Soviética hubiera estado estructurada por mecanismos y principios no tan diferentes de los vigentes en las denominadas *economías de mercado*? ¿Y si *planificación y mercado* no fueran términos equiparables ni contradictorios entre sí, ni permitieran tampoco establecer una demarcación nítida entre formaciones sociales capitalistas y socialistas?

12

Es más, ¿y si el derrumbe de la Unión Soviética no hubiera tenido tanto que ver con una supuesta obstaculización de los principios tradicionales de la economía de mercado, como con su afirmación y mantenimiento frente a un capitalismo profundamente revolucionado? ¿Y si el «socialismo» se hubiera estado construyendo —de forma sin duda contradictoria y, hasta día de hoy, traumática y brutal— allá donde menos nos lo esperábamos: en el seno de unas sociedades capitalistas cada vez más alejadas de los principios tradicionales de regulación (empresa y Estado) del *salarinado*?

De ser así, descifrar el experimento social que constituyó la Unión Soviética es probable que no sólo nos aclare algo de «ellos» y *su isla* sino, sobre todo, también de «nosotros» y nuestras *penínsulas*. Cabe pues la posibilidad de que ambas realidades hayan formado siempre parte de un mismo y único continente, continente del que quedaría aún por concretar sus fronteras (sin descartar que éstas puedan ser las del conjunto del planeta) y su naturaleza.

Esas tres posibles *pérdidas* constituirán otros tantos puntos de inflexión en la trama que se desarrolla en este viaje: aquél que el lector emprenderá a lo largo de la lectura de este libro.

La situación de partida ante la que nos sitúa el libro es la de un sociólogo occidental sumergido en la, *a priori*, exótica *isla* de la producción industrial en una Rusia en transición hacia la «normalidad» del mercado, la propiedad privada y el consumo. Sociólogo que, de este modo, verá desfilar ante sí, de rebote, los restos de un experimento social de dimensiones históricas, cuya naturaleza y sentido siguen siendo objeto de múltiples disputas: la Unión Soviética.

Rápidamente, toda una serie de instituciones, normas y procedimientos *soviéticos* ligados a determinados modos de empleo de la fuerza de trabajo (todavía en pleno funcionamiento en la Rusia de 1998) se sucederán ante el lector, resultándole, con toda seguridad, sorprendentemente estrambóticos (comparados con los occidentales). Y, no obstante, *los otros*, los actuales supervivientes de aquel experimento, los que alientan tanto como padecen el funcionamiento de esos mismos modos de empleo, empezarán, poco a poco, a parecerse demasiado sospechosamente a nosotros, los lectores occidentales. Al menos en lo que respecta a sus análisis, diagnósticos y expectativas sociales.

«Implicar» al trabajador en la producción, «motivar» al individuo a «responsabilizarse» y mostrar «iniciativa propia», «evaluar» y «formar» permanentemente a los cuadros y dirigentes de empresas y organizaciones en el fomento de dichas «responsabilidades» e «iniciativas» entre sus subordinados, etc. Estos eslóganes movilizados en las «nuevas» empresas rusas como solución a todos los problemas heredados del pasado soviético ¿acaso no son también nuestros eslóganes a la hora de articular una nueva economía del «conocimiento», la «comunicación» o la «excelencia»? De un universo social como el de la Rusia postsoviética, organizado aún de modo tan *diferente* (o incluso *antinómico*) al nuestro ¿cómo pueden haber surgido con tanta velocidad (¡en 1998!) discursos tan *parecidos*? Es más ¿cómo pueden tales discursos resultar tan similares ocupando aún sus protagonistas posiciones tan distintas en mecanismos de regulación del empleo tan diferentes?

De esta forma, el lector se verá, finalmente, en la necesidad de repensar con el autor el pretendido exotismo atribuido inicialmente a aquella *isla* (una economía «planificada»). Para acabar reencontrando, por debajo de dicha alteridad, algunos de los elementos relacionales básicos que componen también nuestras *penínsulas* (las supuestamente determinadas por el carácter «mercantil» de nuestras economías): la producción de mercancías, el consumo de fuerza de trabajo y la acumulación de capital. Veámoslo.

Tal y como plantea Rolle, la derrota de la revolución comunista en Europa (es decir, el fracaso de la configuración del socialismo como un sistema mundial) y el consiguiente aislamiento del proyecto soviético hizo que la supervivencia de la Unión pasara por su disputa con el

capitalismo occidental por el control de los intercambios planetarios. La historia soviética podría ser pensada en este sentido como la historia de un Estado reglamentando y organizando el éxodo rural en pos de un proceso de industrialización acelerado.

Esta investigación pondrá también de manifiesto que la regulación planificada de los intercambios practicada en la Unión Soviética conllevaba mecanismos de mercado y se llevaba a cabo a través de ellos (procesos de formación de capital, de obtención de fondos salariales y recursos productivos, mercados internos y externos de trabajo, etc.). Mecanismos sobre los que el Estado soviético trataba de intervenir por medio de la planificación, sin pretender, no obstante, abolirlos.

Así, la planificación de la economía en la Unión Soviética habría consistido, a fin de cuentas, en la puesta en relación, mediante una mecánica administrativa centralizada, de unidades productivas independientes y dispersas con el objetivo de comparar sus procedimientos productivos. Comparación entre procesos que se realizaba a través de la comparación, evaluación y homologación, al alza, de sus resultados medios. Mediante esta mecánica, los beneficios de la totalidad de las unidades se repartirán, finalmente, entre ellas, atendiendo al cumplimiento, mayor o menor, de los resultados conquistados (registro), tras las determinaciones previas por parte del plan de los resultados alcanzables (prescripción).

Dicho en otras palabras: la *planificación* soviética constituía un auténtico mecanismo orientado a determinar el *tiempo de trabajo socialmente necesario* para producir unas y otras mercancías. Lo cual permitía, al mismo tiempo, señalar los niveles de desarrollo organizativo, social y tecnológico medios operantes de cara a fijar, por último, los «fondos salariales», «de reposición de maquinaria», etc., asignables a unos u otros sectores y empresas para su eventual reproducción ampliada. Es decir, exactamente el grueso de las operaciones que en nuestras particulares *penínsulas* «capitalistas» efectuaban, en el mismo momento, los mercados «realmente existentes» (mercados también *normados* y *regulados* por instituciones sociales). Operaciones que, en un caso y otro, alimentan ese proceso social permanente de comparación, homologación y medida de todas las actividades concretas productoras de mercancías —bienes y servicios destinados a su intercambio en términos de equivalencias en valor— que Marx llamaba *trabajo abstracto*.

No obstante, estas similitudes subyacentes (que pasan generalmente desapercibidas) nos conducirán, a su vez, hacia la constatación de otras (nuevas) diferencias. En la Unión Soviética no existía una clase propietaria que concentrase y distribuyese entre sus miembros (según tasas medias de beneficio) el *plusvalor* resultante del *plustrabajo* arrojado por las diferentes unidades de producción. Ese reparto, como dijimos, se realizaba desde un aparato administrativo (descompuesto en diferentes niveles: municipal, regional, sectorial, y doblado, en cada uno de ellos, por el Partido) que implicaba en el proceso al conjunto de los asalariados (copropietarios formales de todos los medios de producción de la Unión) *por medio de sus respectivas empresas*.

Las normas de producción adscritas a las diferentes funciones productivas (normas que simultáneamente registran y prescriben resultados) resultaban así el envite de negociaciones múltiples y permanentes en el seno de las cuales los grupos de trabajo (o *brigadas*) jugaban un papel clave. Del resultado de dichas negociaciones dependerán los fondos cedidos a las empresas (a través de los organismos centrales del Plan, los del municipio, la región o el sector) para dotar de salarios directos e indirectos (comedores, economatos, escuelas, clínicas, viviendas, etc.) a sus trabajadores presentes y futuros.

De aquí el rescate final que hace Pierre Rolle del concepto de *explotación mutua* (o mutualizada) de Pierre Naville:¹ todos los trabajadores desde sus grupos de trabajo (o *brigadas*) y en el seno de sus empresas pujarán junto con éstas, y contra todas las demás, por condicionar a su gusto los registros a objetivar en las normas generales del Plan, en orden a lograr más fácilmente los resultados preescritos a partir de ellos. De este modo conseguirán llevarse una mayor parte del *plusvalor* común en detrimento del resto de los asalariados (y sus empresas) de la Unión.

Así, el modo específico de redistribución de la riqueza vigente en el Estado soviético (no tanto por el juego de los precios en el mercado como por la lucha directa de las empresas —trabajadores y directivos—

¹ Puede verse un desarrollo de este concepto y, en general, del análisis de Pierre Naville de la experiencia del socialismo real en, por ejemplo: (1970a) *Le Nouveau Léviathan, tome II. Le salaire socialiste I. Les rapports de production*, Anthropos, París; y (1974) *Le Nouveau Léviathan, tome IV. Les échanges socialistes*, Anthropos, París.

entre sí por la obtención de los fondos salariales y los capitales distribuidos por la planificación) hizo de las empresas y el Estado los principales agentes económicos de la economía soviética. Y lo hizo en un momento en el que el capitalismo estaba dando paso a recomposiciones inéditas que terminarían por dejar desfasadas y sumergirían en la crisis a dichas formas de regulación tradicional.

16

En efecto, en nuestras sociedades actuales esas empresas se asemejan cada vez más a nudos en una red de producción. Red que condiciona sus procedimientos técnicos, métodos organizativos, recursos y efectivos, así como sus propios contornos jurídico-formales, obligando a cada empresa a transformarse permanentemente para mantener su posición. Por su parte, los mecanismos que asignan las capacidades laborales de las personas a los procesos productivos, permitiendo dicha asignación la reconstitución, reproducción y reconversión de los asalariados a través de un salario directo e *indirecto* (o *social*), hace tiempo que no operan mediante la vinculación estable del asalariado con una empresa (o incluso un sector) particular. Esta movilización articula hoy vidas laborales compuestas de encadenamientos variables de puestos, unidades productivas y sectores de actividad heterogéneos. Los mecanismos sociales (por ejemplo, el de la cualificación: «competencias», «formación permanente», etc.), por los que las diferentes capacidades laborales de las personas se producen, perfeccionan, mantienen y reproducen, cobran así una creciente autonomía en relación con las condiciones particulares inmediatas de su puesta en ejercicio y consumo por parte de tal o cual unidad de producción.

En contraste con estos procesos, la crisis del modelo socialista soviético sería, según la hipótesis planteada por Rolle, no tanto el resultado de una crisis interna (consecuencia de una incapacidad para satisfacer las necesidades de su población, del autoritarismo político, etc.), sino parte de una crisis mundial de mucho mayor calado que atravesaba también de arriba a abajo a las sociedades capitalistas occidentales y que llevó a éstas a transformar profundamente los mecanismos de regulación del *salariado* y a reinventar e imponer principios «socialistas» en el seno de sus propias sociedades.

Dicha transformación podría resumirse del siguiente modo: los lazos entre trabajadores y puestos de trabajo se han distendido aquí (en un capitalismo mundial) donde allí (en la Unión Soviética) no hacían más que tratar de apretarse. Dicha distensión, no obstante, nos planteará el autor: ¿no constituye precisamente la base material necesaria para una liberación general de los intercambios sociales del valor y del consumo de tiempo de trabajo humano, esto es, para un socialismo que sólo podría ser planetario o no ser? Esa liberación, ¿no se estará produciendo ya precisamente en el interior de los espacios normados y regulados que trabajan las autonomías recíprocas tanto de las fuerzas de trabajo y sus empleos como de los procesos productivos en todo el planeta?

De este modo, la reflexión sobre el «modelo socialista» vigente en la Unión Soviética nos acabaría permitiendo dotar de una mayor fuerza y profundidad a nuestros análisis sobre las características e innovaciones de las llamadas sociedades capitalistas; lo que nos ayudaría, en definitiva, a conocer en qué consiste el capitalismo de nuestros días.²

Dejamos abiertas, no obstante, estas cuestiones últimas aquí para volver, finalmente, al principio. Como aquellos asiduos de la pequeña pantalla o el ciberespacio habrán captado ya, la metáfora de la «isla» (y los «perdidos» en ella) que hemos empleado en esta introducción se la hemos robado a un famoso serial televisivo norteamericano (*Lost*). Un recurso, podría pensarse, frívolo y chabacano tratándose de una investigación tan seria, incluso —como indica el propio autor— austera. No obstante, aparte de la mayor o menor gracia con la que hayamos sido

² Un esfuerzo en el que la colección Bifurcaciones de la editorial Traficantes de Sueños ha puesto su empeño y que constituye un requisito a nuestro juicio ineludible para poder pensar y luchar de manera no utópica por la constitución de una sociedad *postcapitalista*. Apoyándonos en los planteamientos esbozados por varios autores: desde Marx, pasando por Pierre Naville, Mateo Alaluf, Marcelle Stroobants, Moishe Postone, etc., hemos venido defendiendo que en realidad el capitalismo implica algo más que la propiedad privada de los medios de producción y la regulación mercantil de los intercambios (es decir, un simple modo de distribución), por lo que el postcapitalismo difícilmente podrá ser equiparado a una mera regulación administrada o planificada de los intercambios anclada en una propiedad estatal de los medios de producción. El libro de Pierre Rolle creemos que se encuentra, en este sentido, en continuidad con los anteriormente publicados en la colección Bifurcaciones (*Lo que el trabajo esconde. Materiales para un replanteamiento de los análisis del trabajo* y *Marx Reloaded. Repensar la teoría crítica del capitalismo*).

capaces de colgar en tal percha las principales operaciones del autor, como símil, esa referencia, presenta aún una ventaja añadida: nos permite indirectamente subrayar que, como en esa serie, aquí se va a invitar también al lector a *buscar un sentido allí donde estábamos habitualmente acostumbrados a encontrarlo hecho*.³

Así, el grueso de los seriales tradicionales establece un marco de referencia dado (policial, hospitalario, familiar, forense, etc.), en el cual los papeles están ya adjudicados de antemano y en donde el interés reside en las peripecias particulares que, en cada capítulo, los personajes realizan o sufren. Como ocurre también en otros tantos ensayos publicados desde las ciencias sociales actuales presentados bajo títulos como: «sociedad fluida» o «sociedad del riesgo», «trabajo precarizado», etc. En estos casos un sustantivo aparece acompañado de un adjetivo, adjetivo con el que se trata de hacer pasar una descripción por una explicación. La trama y el sentido que se ligan con el escenario o marco de referencia propuestos se consideran sabidos («sociedad», «trabajo»: ¿quién no cree conocer lo que son y lo que suponen?), resta tan sólo caracterizar adecuadamente las peripecias que acometen o sufren sus «personajes» (o «actores», nunca mejor dicho): «Estados del Bienestar», «sociedades civiles», «ciudadanos» o «trabajadores» (cuando no la «clase» o el «movimiento obrero») en ese particular capítulo que constituye para todos ellos nuestro presente.

El ejercicio que se plantea (y nos plantea) Pierre Rolle es muy diferente. Como hemos señalado, los significados y sentidos adscritos a la Unión Soviética como escenario van a ser poco a poco deconstruidos al

³ La escritora Leight Adams Wright refiere la importancia de la búsqueda del sentido o el significado en el particular juego que esta serie plantea al espectador con las siguientes palabras: «Lo que buscamos en series como *Perdidos* [...] es significado. [...] La implacable forma en que parecen interconectarse hasta los detalles más nimios e inconsecuentes las vidas de los supervivientes [...] carga de importancia todo lo que vemos y otorga a la presencia compartida de los personajes en la isla una inevitabilidad que nos habla de algo, de un significado mayor que si los contemplásemos individualmente [...] Lo importante [...] es que la presencia de los supervivientes en la isla tiene una explicación y que podemos llegar a conocer esa explicación [...]. Lo realmente terrorífico no está en *La Roca Negra* o en *Los Otros*. Lo realmente terrorífico no es sólo lo desconocido, sino la posibilidad de que nunca llegues a conocerlo». Leight Adams Wright, «Las coincidencias no existen: buscando el significado de *Perdidos*», en O. Scott Card (coord.), *Todo sobre Perdidos*, Dolmen, Barcelona, 2007.

hilo de materiales empíricos tanto de primera como de segunda mano. Dicha deconstrucción nos obligará también a replantearnos los adscritos a nuestros propios marcos de referencia: los referidos a las supuestas sociedades «no planificadas» o «de mercado». Con ello también los supuestos protagonistas indiscutibles de nuestras tramas (empresas, mercados, Estados-Nación, etc.) empezarán a perder buena parte de la consistencia y la agencialidad que nuestros relatos tradicionales les habían adscrito.

Tras esta demolición, finalmente, una posibilidad: que los nuevos escenarios a tratar de reconstruir desde las ciencias sociales pudieran partir del abandono definitivo del terreno trillado de los actores, las sociedades y/o los Estados presupuestos (con sus «intenciones», «intereses» y «naturalezas» específicas y propias). De este modo podríamos pasar a interrogarnos con seriedad, de una vez, por los mecanismos que dinamizan *las relaciones* que los ligan tanto como los enfrentan. Pues todo parece indicar que esas *relaciones*, así como los procesos que desencadenan, presentan una realidad muy diferente y anterior al resultado de los choques entre ellos.

En otras palabras: no son únicamente los personajes los que hacen la trama («la revolución del trabajo»), sino que la trama arma y, eventualmente, transforma, e incluso revoluciona, a nuestros personajes («el trabajo revolucionado»). De cara a desentrañar dicha trama y sus transformaciones quizás haya llegado el momento de exigir a los análisis algo más que adjetivos.